

BRUJAS.

Brujas ha recibido su nombre, segun se asegura, de la palabra *Brug*, que en flamenco quiere decir puente. En efecto, bien contados, posee la ciudad, creo, cincuenta y seis, lo cual me parece mas que suficiente para una poblacion de cuarenta y dos mil almas.

Tiene además siete puertas, ocho plazas públicas y doscientas calles. Así el maestro Adriano Bartand, profesor de elocuencia en Lovaina, donde ha fallecido en 1542, ha dicho :

« *Pulchra sunt oppida Gaudavum, Antuerpia, Lovanium, Mechlina, sed nihil ad Brujas.* »

Lo cual significa

« Gante, Amberes, Lovaina y Malinas son bellas ciudades, pero nada en comparacion de Brujas. »

En efecto, en la época en que el buen doctor escribía este pomposo elogio, es decir, bajo el reinado de Felipe el Bueno, Brujas no solo era una de las mas bellas, sino tambien de las mas ricas ciudades del mundo. Solo la poblacion de tejedores contaba cincuenta mil hombres, es decir, ocho mil mas que cuenta hoy toda la poblacion; y en tiempo de Guicciardini, aunque Brujas estaba ya en decadencia, se encontraban en ella sesenta y ocho oficios ó corporaciones diferentes. Añádase á esto una clase media poderosa, que hizo temblar mas de una vez, no solo á sus condes, sino tambien á los reyes de Francia, un gran número de familias nobles, diez y siete casas consulares de las principales naciones de Europa, una poblacion flotante de negociantes extranjeros que afluyen alli de todas partes del globo, y se tendrá una idea de lo que era la capital de Flandes en una época en que habiendo sido hecho prisionero Juan de Borgoña, y puesto á rescate, un simple negociante de Brujas, llamado De nas de Rapondis, fué aceptado por su fiador. Por lo demás, ciento cincuenta años despues se dió en Gante un ejemplo no menos curioso de esta prosperidad comercial. Necesitando Carlos V dos millones de florines, los tomó prestados de un comerciante llamado Deans, y el mismo dia del préstamo le mandó á decir que en señal de agradecimiento iria á comer con él. El negociante dió al empera-

dor una comida espléndida, y á los postres desgarró la obligacion de Carlos V.

— Señor, le dijo presentándole los pedazos en un plato, no es muy caro pagar en dos millones de florines el honor que V. M. me ha hecho hoy.

Mr. de Rothschild no tiene aun este valor: verdad es que los reyes no van á comer á su casa, pero él va á comer con los reyes, lo cual viene á ser lo mismo.

Beaudoin Brazo de Hierro fué quien hizo en 865 de Brujas la capital de Flandes, eligiéndola para su mansion. Habiéndose casado con Judith, hija de Carlos el Calvo, recibió del rey de los Francos este condado, que hasta entonces habia sido regido por gobernadores amovibles, á título de soberanía hereditaria.

Beaudoin el Calvo hizo rodear á Brujas de murallas, y construyó cuatro puertas.

Beaudoin el Jóven estableció allí ferias y concedió grandes privilegios á los mercaderes.

Beaudoin el de la Hermosa Barba, acabó las murallas é instituyó para administrar la ciudad trece regidores, y otros muchos consejeros que sacó de la clase media y de los grandes y pequeños oficios.

Vino despues Beaudoin el del Hacha, llamado así porque tenia la costumbre de servirse, en vez de espada, de una hacha que pesaba treinta libras.

Terrible justiciero era este: así que desde él

data la reforma de casi todos los abusos, y el castigo de todos los crímenes. Hé aquí dos ejemplos del modo como hacia justicia.

Tres comerciantes de bisutería y perfumes, á los que en su traje se podia reconocer como orientales, iban el año 1112 á una feria que debia verificarse en Thouront, y se habian detenido en la fonda de la Cruz de Oro. Sucedió que en la misma fonda se alojaba con algunos amigos suyos monseñor Enrique de Callou, uno de los mas ricos y nobles señores del país de Waes, el cual acababa precisamente de perder al juego cantidades enormes, que por mas rico que fuese no sabia cómo pagar; de modo, que el diablo le tentó, y viendo á los comerciantes y sus espléndidas mercancías le ocurrió la idea fatal de apoderarse de sus joyas y dinero.

Cuando los mercaderes estuvieron dispuestos á partir, enviaron delante á los criados con encargo de prepararles sus alojamientos; luego, no suponiendo que tuviesen nada que temer, salieron de Brujas dos horas despues que sus mensajeros.

Enrique Callou y sus amigos los dejaron tomar la delantera, y presentándoseles en el momento en que atravesaban por un bosque, cayeron sobre ellos y los asesinaron; y habiendo arrastrado los cadáveres hasta la maleza, se apoderaron de todo el oro y alhajas que los desgraciados mercaderes tenian consigo.

En tanto los criados, despues de haber preparado todo para la llegada de sus amos, habian salido á esperarlos á la puerta de la ciudad. Como el tiempo trascurría y los comerciantes no llegaban, comenzaron á alarmarse algun tanto, cuando vieron llegar á Enrique Callou y sus camaradas; salieronles al punto al encuentro para preguntarles, como iban bien montados, si no habian encontrado y dejado atrás á sus amos; pero los señores flamencos contestaron con un tono perfectamente natural que no comprendian aquella pregunta, porque los comerciantes habiendo salido mucho antes que ellos de Brujas debian estar ya en Thouront.

Esta respuesta redobló los temores de los criados, quienes entonces se separaron. Tres permanecieron á la puerta de la ciudad, y otros tres volvieron á tomar el camino de Brujas. En cuanto llegaron al bosque, vieron estos últimos la tierra manchada de sangre; siguieron sus señales, y á los pocos pasos encontraron en el bosque los tres cadáveres: entonces, sin perder un momento, sin hacerlos trasportar, se dirigieron, siempre corriendo, á Wynendacle, donde estaba el conde, para denunciarle el crimen y pedirle venganza.

Beaudoin los escuchó con la atencion y gravedad que exigia semejante denuncia; en seguida, luego que terminaron su relacion y les hizo deta-

llar todas las circunstancias, les preguntó si no tenian algunas sospechas sobre los autores del asesinato. Los pobres criados se miraron temblando sin atreverse á contestar; pero interrogados de nuevo y de un modo mas apremiante por el conde, respondieron que las únicas personas en quienes podian fijarse sus sospechas, si les era permitido sospechar de poderosos señores, eran Enrique de Callou y sus dos compañeros.

La acusacion era tanto mas grave cuanto que amenazaba á personajes de los mas elevados; Beaudoin mandó entonces que los denunciadores quedasen con centinelas de vista en el castillo, mientras él iba solo á Thouront; en efecto, hizo ensillar su caballo, y sin decir á nadie dónde iba, sin permitir que ninguna persona le acompañase, partió á galope. Por lo demás, como estaban acostumbrados á verle hacer expediciones solitarias, y mientras llevase el hacha consigo nadie se alarmaba, sus criados le vieron alejarse diciendo para sí:

— Bueno, mañana oiremos referir algo de nuevo.

Al atravesar la plaza mayor de Thouront, Beaudoin vió una gran reunion de pueblo que comenzaba á retirarse; era que en aquella plaza acababan de ejecutar á dos monederos falsos, de modo que los cubos llenos de aceite hirviendo donde los habian metido estaban todavia allí: Beaudoin al

pasar mandó que se volviese á encender fuego bajo las cubas, para que el aceite se mantuviese á un grado de ebullicion conveniente, y continuó su camino.

En cuanto llegó á la posada donde se alojaban Enrique de Callou y sus dos compañeros, se dió á reconocer al posadero, y como hubiesen salido aquellos, subió con él á su habitacion: sus cofres estaban en el suelo y cerrados con llave. El conde les mandó romper las cerraduras, y en ellos se encontraron las alhajas de los comerciantes.

Al punto Beaudoin hizo prender á Enrique de Callou y sus dos cómplices, y habiéndolos hecho conducir á la plaza pública donde los esperaba, los interrogó con tal severidad, que, con las pruebas que el conde tenia ya en sus manos, no se atrevieron ni por un momento á negar su crimen.

Apenas estuvo terminada la confesion, sin darles tiempo para tomar disposicion alguna, mandó el conde se apoderasen de ellos vestidos y armados como estaban, y los arrojasen en las cubas, á la vista del pueblo, que tuvo de este modo en el mismo dia dos espectáculos, no esperando tener mas que uno.

Otro dia Beaudoin acababa de reunir la asamblea de sus Estados en Ipres, y como esta era una grande ceremonia, para darle aun mas brillo, habia armado aquel dia seis caballeros, pertene-

cientes los seis á las mas nobles familias de Flandes, los cuales, segun costumbre, habian jurado proteccion á los débiles, á las viudas y á los huérfanos, con lo cual Beaudoin les habia dado la acogida por su mano.

Terminada la ceremonia, Beaudoin habia vuelto á partir para su castilo acompañado de los nuevos caballeros, cuando al atravesar el bosque en que aquel estaba situado, observaron todos los preparativos de una fiesta: detuviéronse un instante y vieron efectivamente llegar una porcion de aldeanos acompañando á dos recién desposados. Beaudoin se dirigió hácia la desposada, que era encantadora, y sacando una sortija de su dedo: « Puesto que la casualidad me ha conducido á vuestro camino, la dijo, que esta casualidad sea para vos una providencia; si teneis alguna vez necesidad de mí, enviadme esta sortija y reclamad mi auxilio, no os faltará. » A su ejemplo, cada uno de los caballeros que le seguian hizo un regalo á la jóven, y la cabalgata señorial continuó el camino del castillo.

La sortija que debia ser enviada á Beaudoin en caso de conflicto no se hizo esperar. Estando en su primer sueño, fué despertado el conde por uno de sus escuderos, quien enseñándole la sortija le dijo que un aldeano agitado y cubierto de polvo acababa de traerla de parte de la desposada del bos-

que. Beaudoin mandó al punto que introdujeran al aldeano; era este el hermano del esposo.

La recién casada, cuando la conducían á la casa nupcial, había sido robada por los seis nuevos caballeros. El esposo y sus amigos habían querido hacer resistencia, pero como estaban sin armas, fueron rechazados; dos ó tres aldeanos habían recibido heridas bastante graves, y la pobre jóven no había tenido tiempo mas que para arrojar el anillo gritando á su marido:

— Lleva esa sortija al conde Beaudoin.

Pero su marido, que quiso vengarse por sí mismo, había dado la sortija á su hermano, encargándole la comision; y llamando á toda la aldea en su auxilio, se había preparado á perseguir á los raptos.

Beaudoin no quería creer tal audacia; subió él mismo á las habitaciones de los caballeros y no encontró á nadie en ellas; preguntó al centinela á quien acababan de relevar, y el centinela le dijo que efectivamente los seis caballeros habían salido hacia como hora y media.

El conde volvió á donde estaba el aldeano, y le preguntó hácia qué lado se habían dirigido los raptos. Respondió el aldeano que habían tomado el camino de la Casa Roja. La Casa Roja era un ventorrillo que tenía muy mala fama, situada en las inmediaciones del casillo, y Beaudoin, no dudando

ya que los culpables estuviesen allí, mandó á diez de sus hombres de armas, se armasen lo mas pronto posible, y se reuniesen á él con clavos y cuerdas. El saltó sobre el primer caballo que encontró, y con su hacha en la mano, se dirigió hácia la taberna sospechosa.

Apenas llegó á dar vista á la Casa Roja, se convenció Beaudoin de que no se había engañado. El piso principal, extraordinariamente iluminado, resonaba con carcajadas estrepitosas, juramentos y blasfemias, mientras el piso bajo estaba oscuro, silencioso y solitario. Beaudoin echó pié á tierra, ató su caballo á uno de los anillos de la pared y llamó á la puerta. Mas habiéndolo hecho por tres veces, viendo que nadie salía á abrir, la derribó de un puntapié y entró.

El piso bajo estaba en efecto solitario y oscuro, pero guiado por las voces que oía, se dirigió Beaudoin hácia la escalera, la subió á tientas, y no tardó en encontrarse á la puerta de la habitacion de donde salía el ruido. La llave estaba en la cerradura, porque los caballeros se creían suficientemente protegidos por las precauciones que habían tomado en el piso bajo; de modo que Beaudoin abrió la puerta sin dificultad, y dirigiendo una mirada rápida á la habitacion, vió á la jóven fuertemente atada, mientras que sus raptos jugaban su posesion á los dados.

La aparición de Beaudoin produjo el efecto del rayo en los culpables. Lanzaron un grito de terror al que la jóven respondió con sus gritos de alegría; inmediatamente, conociendo por las miradas que Beaudoin les dirigía que estaban perdidos si no huían al punto, se lanzaron hácia la escalera; pero el conde se colocó ante la puerta con su hacha en la mano, amenazando hender la cabeza al primero que hiciera un movimiento. Todos quedaron inmóviles.

En aquel momento Beaudoin vió en la parte exterior el resplandor de las antorchas y oyó el galope de los caballos: eran sus hombres de armas que llegaban.

— Aquí, les gritó Beaudoin, aquí.

Y entraron por la puerta derribada, subieron la escalera y aparecieron detrás del conde.

— ¿Teneis los clavos y las cuerdas? preguntó Beaudoin.

— Sí, monseñor, respondió el jefe de la fuerza.

— En ese caso, respondió Beaudoin, clavad seis clavos en este poste, y preparad seis cuerdas.

Palidecieron los caballeros, porque conocieron perfectamente que todo había concluido para ellos. Entonces comenzaron los unos á pedir perdon, y los otros á confesarse en voz alta; pero Beaudoin sin escucharlos, apresuraba la obra, de suerte que á

los pocos momentos estuvieron colocados los clavos y los nudos corredizos dispuestos.

Hizo entonces colocar un banco por bajo de las cuerdas, y mandó á los seis caballeros subirse sobre el banco. Los unos obedecieron con resignacion, los otros quisieron hacer resistencia; pero lo mismo sucedió á los unos que á los otros. Pasado un instante, los seis caballeros tenían la cuerda al rededor de sus cuellos. Beaudoin les dirigió la última mirada para ver si todo estaba arreglado; luego, satisfecho de la inspeccion, tiró el banco de un puntapié; y los seis caballeros se encontraron perfecta y debidamente ahorcados.

En aquel momento se oyó un gran ruido; era el desposado que llegaba con todos los jóvenes de la aldea armados de picas y hoces. Beaudoin los hizo entrar á todos en la habitación, y les enseñó á un lado la jóven que devolvía á su esposo pura como se la habían arrebatado, y al otro á los culpables ya castigados.

La justicia del conde había caminado con paso mas rápido que la venganza del marido.

Beaudoin murió, dejando en recompensa de los grandes servicios que había prestado á los cristianos en Palestina, su condado de Flandes á Carlos de Dinamarca, que se llamó despues Carlos el Bueno, y que era hijo de san Canuto y de Adela de Frisia.

Carlos el Bueno no desmintió el origen paterno. Hijo de santo, tuvo una vida santa; hijo de mártir, murió por el martirio.

Beaudoin castigaba segun su capricho y voluntad: Carlos el Bueno hizo leyes, á fin de que el culpable supiese de antemano, al cometer el crimen, el castigo á que se exponia. Durante dos años de esterilidad alimentó á los indigentes con su propio tesoro, y en la ciudad de Ipres distribuyó por sí mismo en un solo dia siete mil ochocientos panes. Tenia tal reputacion de sabiduria, que habiendo sido hecho prisionero Beaudoin II, se le ofreció el trono de Jerusalem, y habiendo muerto Enrique V, quisieron hacerle emperador.

Mas estas mismas virtudes, que le hacian adorar del pueblo, eran causa del odio de los grandes, á cuyos actos de latrocinio se oponia. Entre estos se contaba Berthoul Van Straten, que habia usurpado la prebostía de Brujas, á que estaba unido el título de canciller de Flandes, y Bouchard, corregidor de Brujas, su sobrino. Habiendo reunido grandes riquezas Berthoul con los condados precedentes, poseia vastos territorios, y tenia muchos parientes, amigos y vasallos; tanto, que aun cuando su familia era originariamente de condicion servil, su origen se habia olvidado poco á poco, y no solo se igualaba con los mas grandes señores, sino que por su poder y riquezas era el primero despues del conde.

Cuando habia llegado al mas alto grado de su fortuna, sucedió que un noble de familia muy ilustre, que se habia casado con una de sus sobrinas, tuvo una diferencia con un caballero, y habiendo sido insultado por este, le retó á duelo jurídico ante el conde; mas el noble respondió desdenosamente que no se batia con un hombre que se habia degradado casándose con una jóven de baja condicion. Como tal era la ley del país, se entabló una demanda ante el mismo Carlos el Bueno, quien habiendo reconocido la verdad de la acusacion, aceptó la validez de la excusa: este noble se vió, pues, dispensado de responder al reto del sobrino de Berthoul.

Esta injuria recayó plenamente en el preboste, quien atribuyendo la decision del conde á odio que á ellos tenia, resolvió vengarse. En efecto, reunió á todos sus allegados durante una noche en su casa; despues se convino que al dia siguiente asesinarían al duque Carlos en el momento en que orase en la iglesia de San Donato.

Mas por secreto que hubiese quedado el complot, algunas palabras dichas al retarse por uno de los conjurados, habian bastado á un criado para comprender que se tramaba alguna cosa contra su señor. Así al rayar el dia, habiendo salido el preboste de su casa, fué á palacio y pidió audiencia al conde. Como este estaba accesible á todas horas

del día y de la noche, le hicieron entrar, y entonces, sin nombrarle á su amo, y sin poderle decir lo que él mismo ignoraba, es decir, el día y el modo como debía llevarse á efecto el complot, le previno, sin embargo, que estaba en peligro de muerte.

¡Ay! dijo el conde al criado, siempre estamos en peligro; pero basta que pertenezcamos á Dios en el momento en que la muerte nos hiera.

Y según su costumbre, el buen conde bajó con los piés descalzos al patio para dar limosna á los pobres; despues, habiéndoles besado las manos en señal de humildad, fué á la iglesia, donde, mientras los capellanes cantaban *prima* y *tercia*, se puso á orar ante el altar de la Virgen; despues de muchas genuflexiones, se prosternó sobre el pavimento para decir los siete salmos de la penitencia, teniendo junto á sí en una salvilla monedas que su capellan le habia puesto, á fin de que, como tenia costumbre, pudiese dar limosna al mismo tiempo que oraba á Dios.

En tanto los conjurados, advertidos de que el conde estaba en la iglesia, se encaminaron hácia San Donato, llevando sus espadas desnudas debajo de las capas. Eran seis, sin contar Berthoul y Bouchard, y se aproximaron al conde, á quien rodearon sin que lo notase. En este momento le pedia limosna una anciana, y el conde, sin mirar á su lado extendia la mano hácia ella para darla una moneda;

entonces Berthoul dando la señal del asesinato, sacó su espada de debajo de la capa, y de un tajo separó la mano del cuerpo. El conde arrojó un grito y levantó la cabeza; en el mismo instante Bouchard le hirió de un modo tan terrible, que le cercenó el cráneo é hizo saltar una parte del cerebro sobre el pavimento. Al punto, á pesar de ser aquellas heridas mas que suficientes, cayeron los otros sobre el cuerpo, que ya no era mas que un cadáver, y le atravesaron y dividieron con mas de veinte estocadas y cuchilladas. Así murió Carlos el Bueno, conde de Flandes, el miércoles de la segunda semana de Cuaresma, segundo día del mes de marzo del año 1127.

Luis el Craso se encargó de la venganza; el preboste fué atado á una horca, teniendo encima de la cabeza un perro, al que excitaban sin cesar, y que le devoró el rostro; el corregidor fué tendido en una rueda, se le elevó á una altura de cincuenta piés, y atravesado por flechas y dardos que le disparaban desde abajo. Los demas cómplices fueron precipitados desde lo alto de una torre.

Por este tiempo se construyó en Brujas el convento y la iglesia de Santa Godelieva. Hé aquí con qué motivo.

Godelieva, hija de Umfrid y Ojera, la habian casado á la edad de diez y seis años con Berthulfo, señor de Ghistelle, cuyos malos tratamientos habia

soportado con una religiosa paciencia: viendo al fin que los llevaba al extremo, se habia escapado del castillo del conde y vuelto á casa de su padre.

Beaudoin, el severo y justiciero, hizo acudir á su presencia al conde de Ghistelle, y le mandó volverse á reunir con su mujer y tratarla con los miramientos debidos á una jóven noble y á una esposa virtuosa. Las sentencias de Beaudoin, como se sabe, no tenian apelacion; por otra parte, este, por la intercesion de Godelieva, no habia sido muy severo. El conde de Ghistelle resolvió, pues, conformarse á ella, y volvió á reunirse con su mujer, hácia quien se aumentó su antipatía, en razon á la afrenta que pretendia haber recibido por ella; mas sin embargo, desde aquel momento cesó ella de tener motivo para quejarse directamente de él.

En esto murió Beaudoin, y Carlos el Bueno subió al trono.

Entonces Berthulfo creyó que era llegado el momento de ejecutar su venganza, y encargó á dos de sus servidores llamados Hacca y Lambert, le desembarazasen de su mujer mientras estuviese en su primer viaje en Brujas.

El sábado siguiente anunció Berthulfo en voz alta al tiempo de cenar, que al dia siguiente por la mañana partiria para la capital de la Flandes.

Hacca y Lambert cambiaron entre sí una mirada; en seguida el conde se levantó de la mesa.

— Monseñor, le dijeron, sereis obedecido, mas dadnos vuestro anillo en señal de que nos trasmitís vuestro poder.

Berthulfo sin responder se quitó el anillo del dedo y le dejó caer en tierra como por casualidad: Hacca le recogió y colocó en el suyo.

Al dia siguiente por la noche, los dos asesinos llamaron en la habitacion de Godelieva cuando iba á acostarse.

Preguntóles ella quiénes eran y qué querian.

— Venimos de parte del conde, respondieron, y tenemos encargo de conducirnos al instante mismo á su lado.

— Enseñadme alguna señal que me indique decís la verdad, respondió Godelieva, y estoy dispuesta á seguiros.

Pasaron entonces por bajo de la puerta la sortija del conde, y Godelieva, no teniendo nada que responder ante aquella prueba irrecusable, abrió la puerta diciéndoles que podian conducirla donde al conde agradase que ella fuese llevada. Bajó, pues, y siguió sin resistencia á los dos hombres, que la condujeron por una poterna, cuya llave tenian, fuera del castillo. En cuanto estuvieron allí, tomaron por un sendero que conducia á una selva. Al punto conoció Godelieva que su muerte es-

taba resuelta ; mas viendo al mismo tiempo que toda resistencia era inútil, se decidió á morir cristianamente, y continuó marchando entre sus dos guardias orando en voz baja.

Llegados á una encrucijada de la selva, donde habia una capillita á cuyo pié corria un manantial, Godelieva pidió permiso para arrodillarse un momento ante la imágen de la Virgen, como habia tenido costumbre de hacerlo siempre que habia pasado por aquel sitio. Hacca y Lambert se lo permitieron, y mientras estaba de rodillas y orando, prepararon el lazo con que debian estrangularla ; y cuando vieron que su plegaria llegaba al fin, la arrojaron el lazo al cuello y tiraron con todas sus fuerzas, á fin de darla la muerte. Pero viendo que á pesar de sus esfuerzos la agonía de la pobre mujer era tan prolongada que aun á ellos causaba espanto, la arrastraron hasta el manantial y la sumergieron la cabeza en el agua, hasta que estuvo por fin ahogada y estrangulada á la vez. Entonces la cogieron en sus brazos, la volvieron á llevar al castillo, penetraron otra vez por la porterna, y la colgaron de los barrotes de su ventana, á fin de que se creyese que cansada de vivir, se habia ella misma ahorcado.

En efecto, cuando al dia siguiente por la mañana entró en la habitacion la doncella de Godelieva, no tuvo ninguna duda de que su pobre

ama, cuyos pesares ella conocia, hubiese puesto término por sí misma á su vida, y volvió á bajar llorando á anunciar aquel acontecimiento á todos los de la casa. Entonces Lambert montó á caballo para ir, decia, á dar parte de aquella nueva terrible á su amo, mientras que Hacca quedaba en el castillo para disponer todos los preparativos del entierro de la condesa.

Por la noche llegó Berthulfo. La condesa estaba ya depositada en su féretro, y sin embargo, como todavía dudase de la pérdida que él habia ordenado, quiso ver el cadáver, y habiendo entrado en la habitacion, se aproximó al ataud. En el mismo instante saltó la sangre con tal violencia del azulado círculo que la cuerda habia trazado en derredor del cuello de la víctima, que el conde se puso la mano ante el rostro para que no le salpicara. Cier to entonces de que estaba realmente muerta, dió orden de que fuese sepultada con toda la pompa que pertenecia á su rango.

El conde llevó luto un año ; pasada ese tiempo, se volvió á casar, y de esta nueva union le nació una hija de extraordinaria belleza ; mas no tardó en apercibirse de que á pesar de tener magníficos ojos y muy abiertos, la pobre niña estaba ciega.

Como la nueva castellana de Ghistelle adoraba á la tierna Etelinda, hicieron ir médicos de todas partes ; mas faltó toda la ciencia humana, como si

los ojos de la jóven estuviesen sellados con un divino sello.

Etelinda creció y llegó así á la edad de nueve años, recibiendo una educacion religiosa, y aunque continuaba siendo ciega, andaba por todas las cercanías del castillo seguida de su nodriza, que habia quedado con ella, y la cual se maravillaba continuamente de que una niña que no veia pudiese andar así por todos los caminos. De estos, uno de los que le eran mas familiares, era el de la Virgen del Bosque; aquí, casi todas las mañanas y tardes, la pequeña Etelinda, que habia tomado aficion á aquel sitio, acudia á hacer su oracion. Su padre, por el contrario, sabiendo habia sido por él estrangulada allí y ahogada su mujer, jamás pasaba por delante de la capilla y el manantial sino á todo galope de su caballo y sin mirar siquiera á los lados.

Sucedió que un dia que la jóven oraba arrodillada ante la capilla, oyó el galope de un caballo, y reconoció ser el caballo de su padre. Por tanto se volvió en el momento que pasaba para saludarle con la cabeza; pero Berthulfo en vez de detenerse, apretó el paso, y habiendo llovido durante la noche, el caballo lanzó con las patas lodo al rostro de la jóven.

Etelinda se levantó entonces, y sin llamar á su nodriza, que estaba á pocos pasos de ella, se diri-

gió hácia el manantial, é inclinándose sobre su orilla, tomó agua en el hueco de la mano y se lavó el rostro.

De repente lanza un grito de alegría. El agua milagrosa, al tocar sus ojos, habia hecho caer el velo que los cubria. Etelinda no era ya ciega.

La niña volvió corriendo al castillo y fué á arrojarle en los brazos de la condesa exclamando :

— ¡ Madre mia ! te veo.

Circuló el rumor de aquel milagro. Se supo por qué casualidad se habia verificado y qué causa le habia producido. Los ciegos de las inmediaciones se hicieron conducir al manantial, y apenas el agua santa tocó sus ojos, todos curaron.

Pero á quien causó mas impresion este prodigio, fué al mismo Berthulfo. La santificacion de aquella agua que era un secreto para todo el mundo, no lo era para él; porque en aquella agua habia exhalado Godelieva el último suspiro.

Un dia montó, pues, á caballo, y dirigiéndose á Brujas se arrojó á los piés de Carlos el Bueno, le confesó todo, y le pidió únicamente le perdonase la vida, á fin de que tuviese tiempo de salvar su alma, por la oracion y las buenas obras. Carlos el Bueno consintió en ello, y el mismo dia, dejando una viudedad á la condesa y una dote para Etelinda, el castellano de Ghistelle cedió todos sus

bienes para el establecimiento de un convento de religiosas, y la construccion de una iglesia.

Por lo que hace á él, tomó el hábito monástico en la abadía de Bergues, donde murió.

Algun tiempo despues de la consagracion de esta linda iglesia, Thiery de Alsacia trajo de Tierra Santa, y depositó en la capilla de San Basilio sobre el Bourg, parte de la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que habia recibido del patriarca de Jerusalem como recompensa de su valor.

La parte inferior de la capilla donde fué depositada, existe todavía hoy, y se ve en ella, en una cripta un bajo relieve curioso como monumento del arte bizantino, el cual representa el bautismo de Nuestro Señor Jesucristo.

La parte superior tiene de fecha desde 1552. La fecha se precisa por una piedra de la fachada en que se encuentra el milésimo. Por lo demás, para los aficionados á lo gótico no podria haber duda, su ornamentacion tiene toda la gracia, toda la ligereza y toda la finura peculiar á la arquitectura de principios del siglo xvi.

El último corregidor de Brujas se disponia á hacer demoler la obra maestra de la edad media, cuando felizmente Napoleón, que se encontraba en aquel momento en la ciudad, se opuso á aquella profanacion, diciendo que la capilla de la Santa Sangre, con su torrecilla graciosa y esbelta, le

recordaba los edificios de la Siria. De este modo cuando Napoleón no podia fundar conservaba.

En cuanto á las propiedades de la Santa Sangre en Brujas, son casi las mismas que las de la sangre de san Genaro en Nápoles. En 97 desapareció con gran dolor de los Brujeses; mas al punto que se restableció la calma, el que habia hecho aquel robo piadoso con peligro de su cabeza, se apresuró á volver la reliquia á su capilla.

A partir desde el siglo xiv comienza el grande esplendor de Brujas. En 1595, habiéndose verificado una competencia á tiro de arco en Tournay, se reunieron allí trescientos ochenta y siete tiradores que acudian de cuarenta y ocho ciudades diferentes, en cuyo número estaba inscrita París. Los Brujeses no ganaron el premio del arco, es verdad, pero ganaron el *de la mas rica concurrencia*.

En 1429, se aumentó este esplendor con las fiestas que dió el conde Felipe el Bueno, con motivo de su matrimonio con Isabel de Portugal.

El mismo fué quien, como se sabe, en medio de aquellas fiestas, y para acoger las chanzas de algunos señores jóvenes acerca del color rubio un poco exagerado de los cabellos de su joven esposa, instituyó la orden del Toison de Oro.

Tambien fué en Brujas donde se verificaron las ceremonias del matrimonio de Carlos el Temerario. Y á Brujas, donde habia entrado en triunfo, fué

llevado su cadáver por orden de Carlos V, su nieto, en 1550, es decir, setenta y tres años después de su muerte. En todo este intervalo, había permanecido en la iglesia de San Jorge en Nancy.

Carlos el Temerario encontró ya dormida con el sueño eterno, en la capilla á donde le conducian, á María de Borgoña, su hija. Le colocaron á su lado, y en 1558, Felipe II mandó se construyese para el padre un sepulcro semejante al que encerraba ya el cuerpo de la hija, y que se había construido por orden de María de Austria. En una cuenta de 1568 se encuentra que el gasto de aquel sepulcro se elevó á 24,595 florines.

Allí están hoy todavía, en la tercera capilla á la derecha entrando. Carlos está cubierto con su coraza de batalla, con la corona soberana en la cabeza, la orden del Toison de Oro en su pecho; un león á sus piés, su casco á la derecha y sus guantes á la izquierda, y su divisa, que es á la vez la del héroe de Montlhery y del insensato de Morat:

Yo lo comprendí, bien me sucede.

Este sepulcro es uno de los mas magníficos que existen; está todo dorado, habiendo costado dorarlo solamente veinte y cuatro mil coronas de Brabante; los adornos son de plata y esmalte, y todo al rededor hay escudos con las armas de las principales casas de Europa con las que estaba ligado.

Hé aquí la inscripcion que tiene. Así como habían dorado la estatua, se quiso dorar el cadáver.

Aquí yace el muy alto, muy poderoso y magnífico príncipe Carlos, duque de Borgoña, de Lothryck, de Brabante, de Limburgo, de Luxemburgo, de Güeldres, conde de Flandes, de Artois, de Borgoña, Palatino de Haynneau, de Holanda, de Zelanda, de Namur, de Zutphen, marqués del Santo Imperio, señor de Frisia, de Salinas, de Malinas, el cual, hallándose dotado grandemente de fuerza, de constancia y de magnanimidad, prosperó largo tiempo en altas empresas, batallas y victorias, tanto en Montle-Nery, en Normandía, en Artois, en Lieja, como en las demás partes, hasta que la fortuna, volviéndole la espalda, le faltó en la noche de los Reyes de 1476 delante de Nancy. Cuyo cuerpo, depositado en el dicho Nancy, fué después por el muy alto, muy poderoso y muy victorioso príncipe Carlos, emperador de Romanos, quinto de este nombre, su sobrino segundo, heredero de su nombre, victorias y señoríos, transportado á Brujas, donde el rey Felipe de Castilla, Leon, Aragon, Navarra, hijo de dicho emperador Carlos, le hizo colocar en este sepulcro al lado de su hija y única heredera, María, mujer del muy alto y muy poderoso príncipe Maximiliano, archiduque de Austria, después rey y emperador de Romanos. — Orad á Dios por su alma. — Amen.

Junto á la tumba del duque Carlos, está, como hemos dicho, la de la duquesa María. Lo mismo que su padre, está representada tendida sobre su sepulcro, transformado en lecho de honor; como su padre tambien tiene el manto real y la corona soberana. Dos perros, simbolo de la fidelidad, están echados á sus piés.

Hé aquí, en fin, el epitafio de la hija, que no excede en nada al del padre:

Sepultura de la muy ilustre princesa, señora María de Borgoña, por la gracia de Dios archiduquesa de Borgoña, de Lothrycke, de Brabante, de Limburgo, de Luxemburgo, de Güeldres, condesa de Flandes, de Artois, de Borgoña, Palatina de Haynneau, de Holanda, de Zelanda, de Namur y de Zutphen, marquesa del Santo Imperio, señora de Frisia, de Salinas, de Malinas, esposa del muy ilustre príncipe Mgr. Maximiliano primero, archiduque de Austria, y despues rey de Romanos, hijo de Federico, emperador de Roma, cuya señora murió en este siglo á la edad de veinte y cinco años, el dia XXVII de marzo, dejando como heredero á Felipe de Austria y de Borgoña, su único hijo varon, de edad de tres años nueve meses, y tambien á Margarita, su hija, de edad de cuatro años y nueve meses: vivió en matrimonio virtuosamente y con apacible amor con el dicho señor su marido, sentida, lamentada y llo-

rada de todos sus súbditos y los demás que la conocian tanto como no lo fué jamás princesa alguna.
— *Orad á Dios por su alma.* — Amen.

En el mes de mayo de 1810, Napoleon, este otro temerario, se hizo abrir las puertas de la capilla del duque Carlos; y como si hubiese adivinado que á pesar de estar en el apogeo de su gloria, tambien él habia de tener su Morat, su Granson y su Nancy, dejó piadosamente diez mil francos para que se empleasen en el adorno de la capilla del duque Carlos y de la duquesa María.

Verdad es que habia ya tomado de aquella capilla su mas bello adorno, con el que hizo un regalo al Museo de París. Hablamos de la efigie de la Virgen y del niño Jesús de Miguel Angel.

Hé aquí la historia de este grupo florentino que nos admiramos de encontrar perdido entre las brumas de la Flandes.

La obra del sublime tallista de mármoles estaba destinada á la ciudad de Génova, cuya ciudad, cuando estuvo concluida, envió para recogerla uno de sus mil buques; mas cuando el buque volvia, fué capturado por uno de los corsarios holandeses que corrian entonces los mares llevando en lo alto de su mástil una escoba por pabellon. El corsario se creyó robado atrozmente cuando vió que el buque genovés tenia por todo cargamento una efigie de la Vir-

gen; así, su primera intencion fué hacerla pedazos y arrojarla al mar. Sin embargo, reflexionó que por poco que valiese aquella imágen valdria algo, y que este algo en todo caso valia mas que nada. En consecuencia, volvió con su presa á Amsterdam, donde gracias al espíritu artístico de los Holandeses, que se habia desarrollado ya en aquella época, la tuvo en su poder por espacio de dos años, sin encontrar en aquel tiempo un solo aficionado. Por fin, un comerciante de Brujas, llamado Pedro Mouserón, habiendo visto el grupo, se le ocurrió hacer con él un regalo á la iglesia de Nuestra Señora.

Como el corsario holandés tenia prisa por salir de semejante depósito de comercio, al darse á la mar habia dado orden á su representante se deshiciese de él á cualquier precio; de modo que este creyó haber hecho una excelente venta cogiendo la palabra al buen comerciante de Brujas, que le ofreció cincuenta florines. Este por su parte, viendo la facilidad con que aquel le daba la mercancía, se creyó robado y ofreció diez florines para invalidar la venta. Mas el representante se mantuvo firme, de modo que el pobre Pedro Mouserón se encontró por la suma de cincuenta florines, que tenia sobre sus espaldas, como se dice en términos de mostrador, una obra maestra de Miguel Angel. Como vió entonces que el regalo en sí mismo era bastante mediano para tratar de obtener de la iglesia lo que

él queria, es decir, una sepultura en una de sus capillas, se comprometió á hacer ejecutar á sus expensas el altar de mármol sobre el que se colocaria el grupo. Mediante esta doble promesa, que cumplió religiosamente Pedro Mouserón, fué sepultado delante del altar.

Al regreso de los Borbones, el grupo de Miguel Angel volvió á ocupar su sitio en la capilla de Carlos el Temerario.

Pero los tiempos de prosperidad pasaron muy pronto para la capital de Flandes, y con la reforma religiosa vinieron las disensiones civiles, y á consecuencia de las disensiones civiles la caída del comercio. Ahora bien, el comercio era lo que sostenia toda la fortuna de Brujas. La ciudad se encontró, pues, poco á poco en estado de ruinas, y su opulencia de cuatro siglos desapareció en menos de cincuenta años. Desde entonces Brujas la bulliciosa cayó en un sombrío silencio y pasó desapercibida á través de los acontecimientos políticos que se sucedieron: tanto, que aparte de los motines que de tiempo en tiempo vinieron á galvanizarla, parece, segun confesion de uno de sus habitantes¹, una ciudad de los cuentos árabes, donde todo parece herido por el sueño.

Gracias al camino de hierro, inaugurado tan solo hacia tres dias, encontramos á Brujas en uno

¹ Octavio de Lepierre, *Guia de Brujas*.

de sus accesos de somnambulismo : nos aprovechamos de esta agitacion inusitada para volver á descubrir un carruaje, caballos y un cochero : no fué cosa fácil; mas á fuerza de pesquisas, ayudados por un natural del país, lo conseguimos por fin. Hicimos nos protestase el cochero que su tiro no se dormiria en el camino, y partimos para Blakenberghe con la sola intencion de dirigir una mirada al Océano, que no habia visto yo hacia tres ó cuatro años, de lo que comenzaba á cansarme.

Desgraciadamente, el Océano no es visible todos los dias. Subimos sobre mogotes y buscamos con la vista; pero habia echado su velo de vapores, y nos fué preciso contentarnos con oírle rugir sordamente. Supimos que estaba siempre en el mismo sitio, y esto nos bastó.

Comimos en Blakenberghe, encantadora aldea del gusto holandés, y enteramente poblada de pescadores : en seguida volvimos á dormir á Brujas.

Al dia siguiente estábamos de regreso en Bruselas, donde encontré una carta del señor Van Praët : el rey, que habia tenido la bondad de notar que no nos habiamos vuelto á encontrar, me invitaba á comer de allí á dos dias en Malinas. En este dia habia gran funcion religiosa en la cabeza de distrito del segundo círculo de la provincia de Amberes.

Celebrábase allí el jubileo de 850 años en honra de Nuestra Señora de Hanswyck.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL JUBILEO DE 850 AÑOS.

Acepté la invitacion con tanto mas placer cuanto que desde que estaba en Bélgica no oia hablar mas que del dicho jubileo de Malinas.

Justo es decir que despues de Nuestra Señora de Loreto, y Nuestra Señora del Monté Carmelo, Nuestra Señora de Hanswyck es una de las Madonas mas veneradas en el orbe cristiano.

Como sus rivales, su primera aparicion es milagrosa. Un bajel, de una forma extraña y desconocida, se detuvo un dia en el Dyle; entraron en él pescadores y encontraron allí la efigie de la Virgen que se adora hoy. Aquella detencion indicaba el deseo que tenia la Madona de que se la edificase un templo en aquel sitio. No dejaron de satisfacerlo, y edificaron la primera iglesia, que fué destruida en 1578 y reedificada en 1676.